

*El desencanto de la gran nación.**

Jean-François Chanet

Université Charles-de-Gaulle – Lille-III, UMR 8529 IRHiS
Institut Universitaire de France

Resumen: El texto examina la «crisis» de confianza por la que atraviesa la comunidad de los historiadores franceses. Comparando la situación actual con la que vivieron los historiadores de la Tercera República, el artículo plantea la responsabilidad de la profesión de llevar a cabo un nuevo «combat pour l’histoire» en tres terrenos fundamentales: la enseñanza, la justicia y la memoria.

Palabras clave: Historiografía, historiadores, responsabilidad, Francia.

Abstract: The text examines the «crisis» of confidence by which the community of the French historians is passing through. In comparing the current state of «disillusion» in respect of the «security» and reliance that historians lived on the Third Republic, the article points out the responsibility to carry on a new «combat pour l’histoire» in three fundamental fields: Education, Justice, and Memory.

Key words: Historiography, historians, responsibility, French.

* Traducción de Mercedes Yusta.

En su último escrito, para denunciar el recurso a la fórmula mágica de la «canción republicana» en la vida política francesa, François Furet evocaba «el crepúsculo de la elección histórica excepcional» de la que Francia había podido prevalerse desde el Antiguo Régimen y la Revolución¹. Para un lector no francés, lo más instructivo no se encontraba probablemente en esta observación, sino en el largo tiempo que había hecho falta para que ésta suscitase, en Francia, un sobresalto razonado en lugar de una resignación nostálgica. El giro que constituyó en nuestro país la llegada de François Mitterrand a la presidencia de la República, en 1981, abrió un período nuevo que aún no ha terminado. Vemos cada vez con más claridad cómo se influyen mutuamente el cuestionamiento inquieto de los ciudadanos acerca del futuro de su nación, en una Europa cuya construcción ya no les satisface y frente a una mundialización de la que perciben ante todo los peligros, y la reflexión crítica de los intelectuales acerca de esta crisis de identidad.

Sin ser los más visibles, los historiadores deberían estar entre aquéllos a quienes esta cuestión concierne más directamente. En su lección inaugural en el Collège de France, el 11 de abril de 1986, Maurice Agulhon ya apuntaba con lúcida ironía: «Todo ocurre como si la nación, como la agricultura familiar, el artesanado y los ferrocarriles de vía estrecha, formara parte – para retomar el exitoso título de Peter Laslett – del «mundo que hemos perdido»². Los historiadores encontraban allí una invitación a reexaminar los contenidos políticos y mentales del marco nacional, en el que de manera natural habían inscrito sus trabajos desde el siglo XIX, e incluso algo más: el motivo de un cuestionamiento acerca de la responsabilidad que podía corresponder a su disciplina en la solidez pasada y la presente depreciación de dicho marco.

El advenimiento de la historia al rango de ciencia no puede explicarse, en Francia, independientemente de las transformaciones políticas y sociales emprendidas a partir de 1789³. En la primera de sus *Lettres sur l'histoire de France*, publicadas en 1820, Augustin Thierry sugería que la ausencia de una «historia nacional» había «contribuido posiblemente a prolongar la incertidumbre de las opiniones y la irritación de las mentes». Por lo tanto la historia, al transformarse en una disciplina más segura, no podría, así lo esperaba, sino ayudar a reducir las divisiones heredadas de 1789. Con ello inscribía en su programa dos objetos fundamentales: la nación – es decir, la realización de la unidad – y la libertad – es decir, el fin de la revolución –, con la convicción, tan aguda todavía en Jean Jaurès, de que Francia tenía la vocación de conciliar ambas en provecho de toda la humanidad. Nadie ignora que, entre todos, es Michelet quien mejor ha encarnado esta búsqueda a la vez liberal y patriótica reavivada por las revoluciones de 1830 y de 1848. Por lo tanto, se trataba de atribuir a los

¹ FURET, F.: «L'énigme française», *Le Monde*, (23-IX-1997).

² AGULHON, M.: «Conflits et contradictions dans la France contemporaine», *Histoire vagabonde, II, Idéologies et politique dans la France du XIXe siècle*, Paris, Gallimard, «Bibliothèque des histoires», 1988, p. 286.

³ Véase principalmente LETERRIER, S.-A.: *Le XIXe siècle historien. Anthologie raisonnée*, Paris, Belin Sup, 1997, y el capítulo titulado «Le siècle de l'histoire», en F. Mélonio, *Naissance et affirmation d'une culture nationale. La France de 1815 à 1880*, Paris, Le Seuil, «Points», 2001, p. 119-149.

historiadores un *papel social*⁴ y una *responsabilidad* que el trauma de 1870-1871 había hecho más imperioso, acentuando a la vez una exigencia de método conforme a la idea de la Ciencia consagrada por la victoria alemana.

Para medir el camino recorrido desde el tiempo en que los fundadores de la Tercera República contaban con la contribución intelectual y moral de la historia a la elevación nacional y a la identificación, por parte de los franceses, del régimen democrático y laico con la patria, basta con comparar el estado de ánimo con el que se celebró, en 1889, el centenario de la Revolución y el que presidió las celebraciones de 1989. Abramos por ejemplo la última página del ensayo de Émile Ollivier titulado *1789 et 1889*. Al final de un capítulo crítico sobre el funcionamiento del régimen parlamentario surgido de las leyes constitucionales de 1875, el autor, doblemente vencido, se podría decir, en 1870 – puesto que, republicano convertido tardíamente en partidario de Napoleón III, lo había seguido ciegamente en «su» guerra contra Prusia –, experimentaba la necesidad de expresar su fe en una «regeneración»: «Francia se ha levantado desde profundidades que parecían mucho más irremediables. [...] ¿En qué se convertiría el género humano si calla esta voz que fue, desde hace tantos siglos, la voz misma del Derecho?»⁵. Un siglo después, en *Le Débat* –puesto que objeto de debate había, y tanto, entre republicanos, incluso entre republicanos de izquierdas⁶–, Mona Ozouf señalaba la dificultad de celebrar un evento atravesado de contradicciones y avanzaba, entre otras explicaciones, las siguientes:

«No se trata solamente de que ya no se enseña la historia de Francia y que el sentimiento de la nación, receptáculo de los grandes recuerdos colectivos, se decolora. Se trata también de que, cuando no se tiene ninguna imagen clara del futuro, las propias lecciones del pasado se emborronan: ya no se sabe qué punto de apoyo buscar en la historia, ni para qué impulso⁷».

La constatación guarda relación con una evolución global. La atmósfera y la percepción del Bicentenario pueden aparecer como signos entre otros muchos del profundo cambio que se operaba entonces en nuestra relación con el tiempo, indicios de lo que François Hartog, prolongando la reflexión de Reinhart Kosellek, designa como la «crisis del régimen moderno de historicidad occidental», uno de cuyos efectos más claros es que «la historia ha dejado de poder ser escrita desde el punto de vista del futuro o en su nombre»⁸. Si hay una especificidad francesa en este proceso, ésta se explica por lo tanto por las propias condiciones históricas de la afirmación de un

⁴ DUMOULIN, O.: *Le rôle social de l'historien: de la chaire au prétoire*, Paris, Albin Michel, 2003.

⁵ OLLIVIER, É.: *1789 et 1889. La révolution et son œuvre sociale, religieuse et politique* [1889], reed. con una introducción de M. Agulhon, Paris, Aubier, 1989, p. 325.

⁶ No es anodino que uno de los principales cronistas y analistas de estos debates haya sido un historiador americano: véase KAPLAN, S. L.: *Adieu 89*, Paris, Fayard, 1993.

⁷ OZOUF, M.: «Célébrer, savoir et fêter», *Le Débat*, n°57 (noviembre-diciembre de 1989), retomado en la recopilación de artículos titulada *1789. La Commémoration*, Paris, Gallimard, «Folio histoire», 1999, p. 321.

⁸ HARTOG, F.: *Le XIXe siècle et l'histoire. Le cas Fustel de Coulanges* [1988] reed. Paris, Le Seuil, «Points», 2001, p. 15. Véase también, del mismo autor, «Le temps désorienté», *Annales HSS*, 6 (1995), pp. 1219-1236, y *Régimes d'historicité. Présentisme et expériences du temps*, Paris, Le Seuil, 2003, y de KOSELLECK, R.: *Futuro pasado: para una semántica de los tiempos históricos* [1979] Barcelona, Paidós Ibérica, 1993.

espíritu científico que, más allá de los traumas de las dos guerras mundiales, no ha llegado a una verdadera deconstrucción crítica de sus mitologías fundadoras hasta el momento en el que se han tambaleado en la sociedad los resortes de la adhesión al modelo de Estado-nación que había sido fijado bajo la Tercera República.

Por eso esta crisis de conciencia, que es también, según toda evidencia, una crisis de confianza, ha adoptado, en la comunidad de los historiadores, el carácter de una puesta en cuestión epistemológica⁹. Los trabajos de Gérard Noiriel reflejan bien esta interacción. Su diagnóstico *Sur la «crise» de l'histoire*, publicado en 1996, después de haber comenzado a estudiar la inmigración y el derecho de asilo, ha estimulado en su caso la voluntad de explicar cómo la nación, del siglo XIX al XX, ha pasado de ser una comunidad fundada sobre la igualdad de derechos cívicos a otra fragilizada por la coincidencia desigual entre derechos cívicos y derechos sociales¹⁰. A la pregunta «¿qué es ser francés?», Gérard Noiriel ha dado recientemente la respuesta siguiente: «El único criterio en el que el investigador puede apoyarse es jurídico: es francés aquél que tiene la nacionalidad francesa. Son los papeles los que hacen que alguien sea francés. Punto»¹¹. ¿Debe el investigador, por lo tanto, ignorar a partir de ahora la «comunidad de ideas, de intereses, de afectos, de recuerdos y de esperanzas» en la que Fustel de Coulanges distinguía «lo que hace la patria»¹², desconfiar de ella como de un espejismo, o considerar simplemente que ésta, suponiendo que tenga algún viso de realidad, no es de su incumbencia? Aquí no se trata solamente de cuestiones de epistemología o de método, puesto que Gérard Noiriel es el primero en saber que el historiador no puede renunciar a su papel social. Y que éste, en la *polis* desamparada, ya no puede conservar la tranquila seguridad doctoral de antaño.

Se trata en efecto de llevar a cabo un nuevo *combate por la historia*, con tres objetivos principales: iluminar a la sociedad acerca del lugar que conviene dejar a la historia en la educación nacional, afirmar la necesaria autonomía de la actividad científica con respecto a la esfera de acción de la justicia y, en fin, proporcionar al esfuerzo de explicación del pasado la mayor amplitud posible al tiempo que, bajo el pretendido «deber de memoria», queda al descubierto el riesgo de la ceguera particularista. Estos tres objetivos se sostienen mutuamente. Los historiadores no pueden ignorarlos, tanto menos cuanto que las respuestas de los responsables políticos a las

⁹ Véase CHARTIER, R.: *Au bord de la falaise. L'histoire entre certitudes et inquiétude*, Paris, Albin Michel, 1998.

¹⁰ De NOIRIEL, G., véase principalmente: *Le creuset français. Histoire de l'immigration, XIXe-XXe siècles*, Paris, Le Seuil, 1988; *La tyrannie du national. Le droit d'asile en Europe, 1793-1993*, Paris, Calmann-Lévy, 1991; *Sur la «crise» de l'histoire*, Paris, Belin, 1996, reed. con una nota preliminar inédita, Gallimard, «Folio histoire», 2005; con ÉRIC, G. (dir.) : *Construction des nationalités et immigration dans la France contemporaine*, Paris, Presses de l'École normale supérieure, 1997; *Réfugiés et sans-papiers. La République face au droit d'asile, XIXe-XXe siècles*, Paris, Hachette littératures, 1998; *État, nation et immigration: vers une histoire du pouvoir*, Paris, Belin, 2001, reed. Gallimard, «Folio histoire», 2005.

¹¹ «Haro sur l'étranger!», comentarios de G. Noiriel recogidos por MONNIN, I. y VIGOUREUX, E.: *Le nouvel observateur* (24-30 de noviembre de 2005), p. 98.

¹² DE COULANGES, F.: «L'Alsace est-elle allemande ou française? Réponse à M. Mommsen (professeur à Berlin)» (27 de octubre de 1870), en F. Hartog, *Le XIXe siècle et l'histoire*, p. 402.

reivindicaciones de carácter comunitarista revelan la tentación persistente de movilizar selectivamente el pasado.

La enseñanza es el primer terreno en el que debe ejercerse nuestra vigilancia. Ya no podemos soñar en devolver a la historia, en los programas escolares, el lugar que tenía en tiempos de Ernest Lavisse. Al mismo tiempo, la denuncia de los «manuales *chauvins*» por los maestros veteranos de guerra y de la «historia sierva» por Lucien Febvre, inmediatamente después de la Gran Guerra, ha tenido su legítima prolongación en los trabajos de Suzanne Citron, preocupada, en 1987, por apoyar en el inventario de los «mitos nacionales» enseñados en la escuela una «historia crítica del poder» del Estado republicano¹³. Sin embargo, algo hay que retener para nuestra época de las lecciones de Lavisse, puesto que, como lo ha señalado Pierre Nora, «nadie ha sentido mejor hasta qué punto la enseñanza [está] ligada al funcionamiento de la democracia¹⁴».

No es el momento de retirarse al terreno de la controversia de sabios. Dos polémicas actuales lo confirman. Si el artículo 4º de la ley del 23 de febrero de 2005, según el cual «los programas escolares reconocen en particular el papel positivo de la presencia francesa en ultramar, en particular en África del Norte, y conceden a la historia y a los sacrificios de los combatientes del ejército francés naturales de estos territorios el lugar eminente al que tienen derecho» ha debido ser abrogado – abrogación a la que no ha sido ajena la reacción de los historiadores de profesión –, el lugar de la historia en la «base común de conocimientos y competencias» que deben poseer los alumnos al final de la escolaridad obligatoria, según la ley de orientación del 23 de abril de 2005, sigue sin decidirse. ¿Están dispuestos los universitarios más ilustres a comprometerse para consolidarlo, como lo han hecho recientemente para defender la libertad de la investigación? No es seguro. Queda esperar que la historia estará comprendida en la «cultura humanista y científica que hace posible el libre ejercicio de la ciudadanía», definida en el artículo 9º de la ley – en la que la ausencia de su nombre es, a pesar de todo, reveladora.

Los historiadores franceses son más firmes a la hora de contestar la tendencia de los parlamentarios, desde la ley Gayssot del 13 de julio de 1990 que reprime todo acto racista, antisemita o xenófobo, a atribuirse el poder de definir ellos mismos la verdad histórica y confiar a los jueces el cuidado de hacerla respetar. Así ocurre con la ley Taubira del 10 de mayo de 2001, que dicta el reconocimiento por parte de Francia de la trata y la esclavitud como crímenes contra la humanidad: la redacción de este texto es doblemente contestable, puesto que aplica un concepto jurídico forjado al final de la segunda guerra mundial a un pasado más lejano, en el que no

¹³ CITRON, S.: *Le mythe national. L'histoire de France en question*, Paris, Les Éditions ouvrières, 1986. Véase también, para la enseñanza secundaria, el estudio más profundo y matizado de HÉRY, Évelyne: *Un siècle de leçons d'histoire. L'histoire enseignée au lycée de 1870 à 1970*, Rennes, PUR, 1999.

¹⁴ NORA, P.: «Lavisse, instituteur national», *Les lieux de mémoire, I, La République*, Paris, Gallimard, «Bibliothèque illustrée des histoires» (1984), p. 257.

puede tener la misma aplicación, y puesto que la trata y la esclavitud no son asimilables a este tipo de crímenes sino «a partir del siglo XV» (artículo 1º), delimitación que tiene el efecto, si no la intención, de concentrar la acusación sobre las poblaciones europeas colonizadoras. Queda por tanto un enorme esfuerzo pedagógico por hacer para que, en su mayoría, nuestros contemporáneos admitan la afirmación de Charles Péguy según la cual «el acontecimiento y la justicia [...], el orden del acontecimiento y el orden de la justicia tienen en ellos y entre ellos una contrariedad nativa, una incompatibilidad [...] tal [...] que ningún entendimiento, ninguna superposición se puede buscar ni se puede esperar entre ellos»¹⁵.

Lo mismo puede decirse a propósito de la historia y la memoria. Pierre Nora y después Antoine Prost lo han señalado con fuerza, cada uno en su momento. También en este caso, en una sociedad en la que la «cobertura» mediática no deja sino algunos intersticios a las expresiones elaboradas del razonamiento crítico, es más necesario que nunca ejercer una atenta vigilancia contra las formas militantes de apropiación particularista del pasado, aunque sean hábiles para dotarse de justificaciones «derechos-del-hombrista»¹⁶. Multiplicando y diversificando cada vez más las fuentes del conocimiento histórico, la propia evolución del método científico multiplica y diversifica también los medios de dar una apariencia de historia a lo que no lo es. La falsificación amenaza sobre todo a la historia contemporánea, sobre la cual todo el mundo tiene sus opiniones y recuerdos. «En todas esas recopilaciones inmensas que no se pueden abarcar, hay que limitarse y escoger. Es un vasto almacén en el que tomaréis lo que os conviene». Tal era la recomendación de Voltaire en el prefacio de su *Essai sur les mœurs*; simpática y familiar cuando es puesta en práctica por los genealogistas, esos detectives de la gente feliz, deviene inquietante cuando se convierte en un medio de legitimación para grupos faltos de reconocimiento. En ese caso impone al especialista todo lo contrario del retiro al «campo» en el que está seguro de hacer admitir sus convenciones de importancia: le impone un esfuerzo creciente por hacer comprender a la mayoría sus límites y sus elecciones.

Doblemente sometidos, en tanto que «profesionales» y en tanto que ciudadanos, a los movimientos contradictorios que agitan a la opinión pública en torno a cuestiones de historia ligadas, evidentemente, a nuestra crisis identitaria – bien se trate de la esclavitud, de la colaboración con el ocupante durante la segunda guerra mundial o de los conflictos de la colonización –, los historiadores franceses no tienen por qué dejarse paralizar por la imposibilidad de hacer aceptar fácilmente su necesidad de

¹⁵ PEGUY, C.: *Clio, Dialogue de l'histoire et de l'âme païenne, Œuvres en prose complètes*, III, edición de R. Burac, Paris, Gallimard, «Bibliothèque de la Pléiade», 1992, p. 1022-1023. Véase principalmente, entre las primeras tomas de posición contra la ley Gayssot, REBERIOUX, M.: «Le Génocide, le juge et l'historien», *L'Histoire*, n°138 (noviembre de 1990), p. 92-94.

¹⁶ El autor hace referencia a una expresión aparecida a finales de los años noventa en el debate político francés, «droits-de-l'hommeiste», empleada despectivamente para criticar las contradicciones entre el discurso y la acción de ciertos militantes, ONGs y grupos políticos de izquierdas que utilizarían la defensa de los derechos del hombre como justificación de una supuesta superioridad moral (n. de la trad.).

matices, sus llamadas a tener en cuenta la complejidad de toda vida social. En un tiempo todavía más amenazante que el nuestro, José Ortega y Gasset les rendía un homenaje sin duda demasiado benévolo: «Cuando se contempla panorámicamente la vida pública de Francia durante los últimos ciento cincuenta años, salta a la vista que sus geómetras, sus físicos y sus médicos se han equivocado casi siempre en sus juicios políticos y que han solido, en cambio, acertar sus historiadores»¹⁷. Sus sucesores no deben, ciertamente, sacar de esta herencia un orgullo sin paliativos. Pero al menos pueden intentar, modestamente, hacerla fructificar. Esta sería probablemente la manera menos mala de ayudar a sus compatriotas a construirse un futuro colectivo.

¹⁷ ORTEGA Y GASSET, J.: *La rebelión de las masas*, «Prólogo para franceses» [1937], ed. de T. Mermall, Madrid, Clásicos Castalia, 1998, p. 122.